



Prisma

Un país sin nombre

Autora: Camila Rocha C.

*Ilustraciones desarrolladas con apoyo de
ChatGPT (OpenAI).*



En un país blanco y negro, que no tenía nombre y donde los colores se habían escapado, vivía una comunidad en la que todos sentían diferente, pero lo mismo todos los días.



Estaba Leondro, quien era el rey y siempre se reía. Saludaba a todos con una gran sonrisa.

Su esposa, Tigrita, era más bien callada y sus ojos siempre tenían lágrimas.

En la tienda estaba también doña Ranita, quien era la encargada de vender alimentos y demás cosas a todos los habitantes. Pero, cuando llegaban a comprar, doña Ranita siempre se tapaba la nariz y, cuando se iban, se lavaba las manos muchas veces.





Había un doctor, Mr. Coco, que era un cocodrilo de anteojos. Sus pacientes lo veían siempre inseguro. Temblaba cuando la enfermera lo dejaba solo y, cuando necesitaba recetar medicamentos, hacía muchas preguntas. Si su paciente era muy grande, él solía esconderse debajo de la mesa y atenderlo desde ahí.

En uno de los extremos estaba la estación de policía de este pequeño país, con su jefe, a quien llamaban Boss, un gran oso que demostraba estar siempre tranquilo. Cuando había que ayudar a alguien, él era siempre el último en salir de la estación. Tomaba muy buenas decisiones y siempre se le veía con una sonrisa suave. Caminaba sin prisa, su tono de voz era tranquilo, miraba con amabilidad y escuchaba con atención a todos.





Dentro de los jardines siempre estaba el señor Topo, quien amaba y cuidaba de todos los seres vivos. Era amable y cuidadoso. Estar con él era como sentirse acompañado por mamá o papá. Era el jardinero más dulce.

En el colegio de este país había un rector llamado Frailecillo, un pequeño pájaro que tenía un gran problema: cada vez que algo salía mal —y para él casi todo salía mal— gritaba, rompía cosas, se botaba al piso y lloraba. Cuando esto pasaba, todos huían.



No podemos olvidar a un personaje muy importante de la historia: el señor Camaleón o, como lo conocían los pocos amigos que le quedaban, Cam. Era el encargado de manejar el bus y siempre se le veía con el ceño fruncido. Les gritaba a todos sus pasajeros, pitaba por todo y sus manos siempre apretaban el timón del bus.



Ninguno de los habitantes de este país se mostraba o actuaba diferente. Nunca.



Un día llegó una libélula llamada Prisma. Ella, a veces, se reía; otras veces lloraba. Había cosas que la hacían esconderse y otras que la hacían sentirse relajada. A veces, cuando las cosas no le salían bien, se molestaba un poco y, otras veces, se enojaba.

Al llegar a este país se sintió extraña y le costó entender a sus habitantes.



Un día fue de compras y se encontró con doña Ranita, que, al verla, se tapó la nariz. Prisma se sintió rara, como si olierá mal, pero no dijo nada. Hizo sus compras y se marchó.



A la mañana siguiente, Prisma se dio cuenta de que había olvidado comprar algunas cosas, así que regresó. ¿Y adivinen qué pasó? ¡Sí! Doña Ranita se tapó la nariz. Era como si sintiera... mmm... creo que olvidé el nombre de eso. ¿Me ayudan? ¡Sí! Como si doña Ranita sintiera asco de Prisma.

Pero, de pronto, entró otro cliente y doña Ranita también se tapó la nariz con él.



Así que Prisma pasó la pena y preguntó:

—Disculpe, doña Ranita, pero he notado que siempre que llega alguien usted se tapa la nariz. ¿Le pasa algo?

Doña Ranita le respondió:

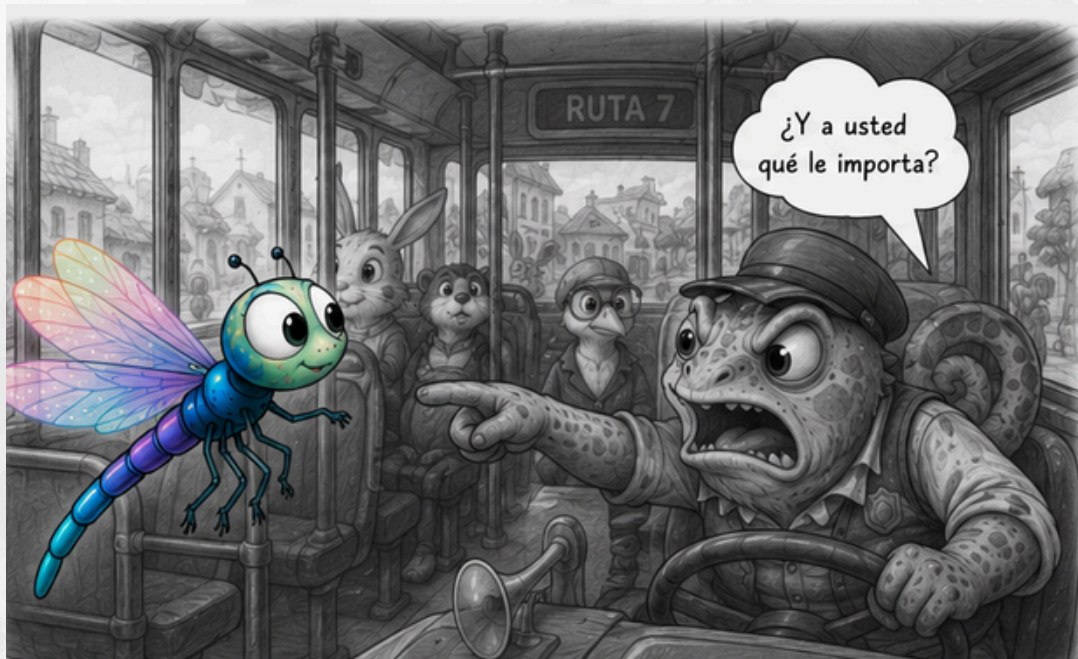
—¡Pero qué pregunta más desagradable la suya! Yo soy así. Siempre me siento así.

—¿Quiere decir que nunca se ha sentido feliz o triste cuando ve a otra persona? —preguntó Prisma.

—Me da asco pensar en su pregunta —replicó doña Ranita.

Así que Prisma pagó y se marchó, sin dejar de pensar en la situación.

Al subirse al bus para ir a visitar al médico, porque llevaba varios días con un dolor de cabeza, un camaleón que se encontraba manejando le gritó sin razón aparente. Prisma nuevamente notó que algo no estaba bien, así que no dudó en preguntar.



Se acercó al conductor y, con toda tranquilidad, preguntó:

—Disculpe, ¿está usted bien?

A lo que el camaleón, sin tomarse un respiro y mientras pitaba a otros carros, respondió:

—¿Y a usted qué le importa?

—Pues, señor, usted va manejando y gritándoles a todos los pasajeros —dijo Prisma.

Rápidamente, el conductor cambió de color. Se puso rojo y, cuando estaba a punto de... ¡Uy! Creo que también olvidé esa palabra. ¿Me ayudan?... Sí, de explotar.



En ese momento, un pasajero tomó a Prisma del brazo y le dijo:

—Esta es su parada. Y no le pregunte más cosas a Cam, porque él siempre grita y le cuesta mucho verse de otro color que no sea el rojo.



Cam, era el único en ese país que podía cambiar de color.

*Prisma se dirigió al médico sin preguntar más.
Al llegar, se encontró con una enfermera que la
acompañó al consultorio del doctor.*



*Al entrar, encontró a un gran cocodrilo: el doctor
Coco, que no paraba de temblar.
—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó
mientras tartamudeaba.
Parecía tener... tener... ¡Qué raro! Olvidé esa
palabra. ¿Me ayudan?*

¡Así es! Miedo.



Nuestra amiga volvió a preocuparse y preguntó:

—¿Se encuentra bien, doctor?

Justo en ese instante, el doctor se escondió bajo la mesa y, otra vez con voz temblorosa, respondió:

—Sí, así me siento todos los días. La pregunta es: ¿qué tiene usted?



Prisma le explicó lo que le sucedía y, después de hacerle muchas preguntas para no equivocarse con el medicamento, la mandó con el jardinero para que le diera unas flores especiales para el dolor de cabeza.

Así que Prisma salió en busca del jardinero.



Al encontrarlo, se sintió como si hubiera llegado a casa. Él era un ser tan amoroso que le dio exactamente lo que necesitaba, e incluso un poco más. En este caso, Prisma no se sintió rara, pero notó que ese pequeño Topo solo sabía dar amor.

El jardín que estaba organizando el señor Topo quedaba en un colegio. De un momento a otro, Prisma empezó a escuchar gritos y llanto. Al mirar hacia una de las ventanas, vio cómo las cosas eran lanzadas y, de pronto, niños, niñas y profesores salieron corriendo del colegio.



Así que Prisma decidió entrar para ver qué pasaba. El llanto venía de la oficina del rector. Al acercarse, vio a un pequeño pájaro botado en el piso, llorando, gritando y hasta arrancándose las plumas. Era como si estuviera... mmm... ¡Qué palabra tan difícil! Sé que comienza por fru..., pero no la recuerdo. ¿Me ayudan?

¡Sí! ¡Frustrado!



Prisma le preguntó:

—¿Te puedo ayudar en algo?

A lo que Frailecillo respondió:

—¡No! Todo siempre me sale mal. Nadie puede ayudarme. No encuentro una solución para nada y tampoco quiero volver a intentarlo.

Y el pequeño pájaro siguió llorando.

Prisma no lograba entender nada, así que decidió buscar al rey para preguntarle qué sucedía.



Al llegar, se encontró con la esposa del rey, quien, al verla, empezó a llorar y le dijo:

—¡Qué tristeza la trae por acá!

—¿Tristeza? —dijo Prisma—. No. Es más bien una preocupación por los habitantes de la ciudad.

En ese momento llegó Leondro, el rey, quien, entre risas, la hizo seguir.



Pero Prisma se sintió aún más confundida. ¿Cómo podía haber, en un mismo lugar, al mismo tiempo y sin razón aparente, alguien tan triste y alguien tan feliz?

Prisma les contó todo lo que había visto en el país y les explicó que, en otros lugares, todas las personas tienen diferentes emociones y sentimientos, que cambian según el momento o la situación. Sin embargo, en aquel país, cada habitante parecía ser dueño de una sola emoción, y esta permanecía siempre con él.



El rey no podía parar de reír, lo cual no le permitió comprender bien la situación. Así que decidió llamar a alguien que siempre estaba dispuesto a escuchar y a ayudar a resolver los problemas.





Llamó a Boss, el jefe de policía, quien, al entrar, se veía tan... mmm... Otra vez, ¿cuál será esa palabra? ¿Me ayudan? ¡Sí! Tan tranquilo.



Escuchó con especial atención la preocupación de Prisma. Se tomó un tiempo antes de responder, leyó sus notas y, con toda tranquilidad, dijo:

—Tienes toda la razón. Antes éramos un país de colores y todos éramos más como tú: llenos de colores y de emociones. No sé qué pasó. Tal vez en otro cuento podamos averiguarlo. Pero hoy vamos a solucionarlo. Me siento muy tranquilo de tenerte aquí, porque tú nos puedes ayudar. Vamos a reunir a todos los habitantes y sé que, al estar todos en el mismo lugar, se darán cuenta de lo que sucede.



Tal vez tú, Prisma, aún no lo has notado, pero tienes el don de ayudar llamando al arcoíris, porque tú traes el agua, el sol, los colores y la capacidad de mostrarnos todas las emociones y sentimientos en un solo ser, de acuerdo con cada momento, como el arcoíris

.

Prisma aceptó.

Todos los habitantes llegaron. Leondro, con ayuda de Boss, les explicó lo que estaba sucediendo.



Entonces Prisma emprendió el vuelo y llamó al arcoíris. Al pasar sobre cada uno de los habitantes, todos empezaron a sentir diversas emociones y recuperaron el color.



Así fue como aquel lugar dejó de ser un país únicamente blanco y negro.

Solo quedaba un problema por resolver...



No tenía nombre.

¿Me ayudan a ponerle uno?